



# Orquídeas: Elegías y cantos de frontera

Victorino Polo García

Colección: El Mar de Itaca, Murcia 1986  
(119 págs., 6 capítulos y 77 poemas)

Es este el tercer libro de poemas de Victorino Polo García, después de «Humano vivir» (Murcia, 1982) y «El sol descenderá» (Universidad de Murcia, 1983), y en él se aprecia el inevitable tránsito desde lo descriptivo a lo conceptual, ya iniciado en su segunda obra, que en definitiva no es más que el paso de saltimbancu entre el ensayo poético reiterado y el oficio de poeta bien aprehendido y ya dominado.

El libro tiene calidad en todas sus dimensiones, sobre todo en la de saber decir más con menos, en el verso bien trazado que fluye con aparente sencillez y en la estructura misma del poemario, que en realidad no está dividido en seis capítulos, como aparenta, sino que define un único poema con seis estancias en las que el autor se mueve a su antojo y va dejando la huella de su fina percepción de cuanto poético hay en el hombre ante diversas circunstancias, no sin cierta carga estetizante.

Hay un mundo íntimo a medias desvelado, como debe ser, en el que salpican aquí y allá las obsesiones elementales de una concepción antropocéntrica del Universo: la inefable llamada del símbolo mar, la eternidad, el recuerdo de la infancia y sus lecturas, el temor al futuro... en un ir y venir del presente al pasado —a través a veces el futuro y su incertidumbre—, recordando las raíces meseteñas (espléndido poema «Laguna negra»), pero volviendo al fin, inevitablemente, al mar o al sur, que son aquí la misma cosa:

«Regresa siempre al mar...»  
«Sabes que mi regreso al sur  
nada tiene que ver con los vientos...»  
«He venido hasta el sur para tu muerte  
desde la tumba inmóvil que me acoge de siglos...»

La constante de las flores, incluido el título de libro, no es más que una mimetización, porque orquídeas, violetas, jacintos, lilas, lirios... difícilmente ocultan, tras su aparente blandura, conceptos bastante menos blandos y más íntimos: «grito», «aullido a la sombra», «mi voz herida», «la misma herida», «dolorido sol», «hirviente sangre»... etc., que tal vez se acercan más a la dimensión real del hombre.

A veces, tras la obsesión del tiempo —y creo que en esto todos los poetas son iguales— se vislumbra una cierta esperanza, pero enraizada más en la intimidad del autor y en sus convicciones que en el mundo que le

rodea. Es decir, una reafirmación personal ante el universo, si se quiere.

No faltan algunas pocas gotas de erotismo, más conceptual que formal, que evidentemente son parte esencial del poeta —como en el bello poema «Junto al río» y en otros— que salpican la obra lo suficiente como para humedecerla levemente, sin mojarla.

El que Polo sacrifique a veces la ortodoxia métrica por la musicalidad no le quita ni un ápice de mérito al poemario. Buena prueba de ello es «Palpita mi palabra», poema en el que el dodecasílabo inicial del quinto terceto justificaría, por sí solo, al resto. Sin embargo, en otras ocasiones —las menos, es cierto— la búsqueda insistente que el poeta hace en su baúl de palabras le conduce a ciertos prosaísmos que podría —si quisiera, claro está— evitar: «El ulular extático de rechinante máquina...» desentona con el resto del duro poema de la página 115, y a veces hay también un cierto tono sentencioso que fuerza el ritmo general, tal vez innecesariamente.

Pero con todo, lo que hay es calidad y buena, fruto de una evidente maduración poética que creo se ha producido en poco tiempo, dada la corta distancia entre «Humano vivir» y este libro. Los símbolos son manejados con acierto; las adjetivaciones tienen la fuerza justa y el intimismo está dosificado de manera que la comprensión del poema no dependa del conocimiento directo del autor, porque es frecuente hoy que, en medio de la constante utilización de símbolos, los poetas caigan en las redes de un lenguaje críptico que puede llegar a hacer incomprensible la esencia misma del poema. No es este el caso, porque es evidente que Victorino Polo no escribe para sí.

De todos los símbolos, me quedo con el mar —sur de sus obsesiones—, al que regresa siempre, después de tocar el fondo de la vida.

«Porque cualquier regreso  
es la imagen perdida del vivir...»

Aquí el mar es el punto final de las meditaciones, el «definitivo regreso al sur». O como dice el autor, «simplemente la imagen de la paz».

Recuerdo aquellos versos del «cementerio marino» de Paul Valéry: «El mar, el mar siempre renaciendo...» y me doy cuenta de lo absurdo que es pretender desvelar todos los secretos de un poeta. El siempre se guarda un as en la manga. Y hace bien.

Jorge J. Eiroa